



DE PERSONAS Y ESTRELLAS

Extraigo de la última novela de Joel Dicker, titulada “La muy catastrófica visita al zoo” (y que sinceramente, siendo muy fan del autor ésta no la recomiendo demasiado) una frase preciosa que dice:

“En el fondo, las personas son como las estrellas: tienes que mirarlas atentamente para darte cuenta de lo mucho que brillan”.

Lo pienso y es sin duda mi experiencia. Cuando de verdad he querido y me he esforzado por mirar en profundidad a alguien, siempre he descubierto una faceta brillante. El problema es que lo hago poco, y en general creo que lo hacemos poco. Diría que cada vez menos.

¿La razón? Seguramente hay muchas, pero me da la sensación de que la prisa con la que transitamos por todas las experiencias de la vida es la culpable. Tenemos hoy en día la oportunidad de conocer y relacionarnos con mucha más gente que nunca. No hay ninguna duda al respecto. Pero precisamente por esa cantidad de oportunidades que tenemos de relacionarnos me temo que lo hacemos muy superficialmente. Que no miramos atentamente a las personas, y claro, no llegamos a darnos cuenta de lo mucho que brillan. Y si no vemos cómo brillan, algún día quizás dejen de brillar.

Mirar más atentamente a los demás es una experiencia extraordinaria. Porque cuando miras con interés, con curiosidad, y descubres ese brillo, la percepción que te queda de esa persona ha cambiado para siempre. De repente esa persona te interesa y te importa mucho más. Y no es por egoísmo, porque vayamos a sacar algo de ese brillo que hemos descubierto, es por pura y simple conexión. La experiencia de descubrir el brillo de las personas es probablemente la más mágica y la que más sentido da a las relaciones.

Todos brillamos. Mucho. Todos sin excepción. Y quizás no podamos hacer nada para que otros vean nuestro brillo, pero lo que seguro que sí está en nuestras manos es ver

nosotros el brillo de los demás. Sólo tenemos que hacer una cosa: mirar un poco más, y con un poco más de atención. Como hacemos con las estrellas.